



"El Dr. Ferrán practicando la vacunación antirrábica á varios individuos de una misma familia, mordidos recientemente por un perro hidrófobo. (Fotografías de A. Merletti.)"
Véanse ilustraciones de la página anterior.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al leer la lista de las supersticiones, los anales de lo que llaman el *fetichismo* en Cornouailles y en Bretaña, pareciera estar viendo n.º tierra gallega, con sus típicas costumbres y su género de devoción y sus fiestas y romerías. ¿A qué se deberá esta semejanza de dos pueblos tan distantes y enclavados en tan diversa nacionalidad? Quizás á que, originariamente, son uno solo. Los celtas gállicos de Bretaña quedáronse allí, los de Galicia descendieron, buscando el extremo límite de Europa, el cabo *Finisterre*, donde terminaba el mundo conocido. Y por eso, con la tenacidad propia de una raza que ni cambia ni olvida, los bretones practican y siguen las mismas supersticiones que los gallegos.

Esos santos extraños y casi desconocidos que inventan los bretones por detrás del Santoral, para sus devociones particulares libres, los invoca también el gallego; no son los mismos, pero son otros, igualmente oscuros, á quienes encarga la protección de su hacienda ó de su salud. Ahí está el humilde San Amar de Oira, «hecho de palo»; ahí San Mamed, de quien no saben nada sino que le hacen una gran fiesta porque sí; ahí Santa Minia de Briones, que sospecho que no debe de encontrarse en el martirologio; ahí ese San Pedro nuevo, de una parroquia cercana á Betanzos, á quien se han obstinado en tributar culto, á pesar de las reiteradas advertencias del reverendo arzobispo de Santiago, que les ordena esperar á que la iglesia reconozca los merecimientos y la santidad de ese varón y le ponga en los altares. Y mientras los santos declarados tales caen en el olvido, San Pedro, el de Betanzos, canonizado por sufragio popular, ve reunirse treinta mil devotos al pie de la iglesia, en la parroquia donde nació; la concurrencia más formidable que se puede juntar ante un santuario, en una aldea de Galicia.

¿Cómo queréis que un pueblo infantil no pague tributo á la superstición? Es la esencia misma de su ser íntimo. No le pidamos el racional obsequio de la fe; de la fe alta y limpia, que mira al cielo. Su efusión religiosa ha de estar condicionada por la pobreza de su espíritu. Dios mira sin duda con indulgencia esa pueril devoción. Y en hombres que todavía no se han desprendido de la naturaleza primitiva, excusa y perdona el fetichismo del árbol, de la fuente, de la piedra movizada, del dolmen en que sacrificaron sus antepasados.

La única manera de desterrar las supersticiosas prácticas sería la instrucción. Con lo cual queda dicho que en España tienen asegurada larga vida. No llevamos trazas, no, de regenerarnos por el lado de la escuela y de la cátedra. Tan penosa convicción ha inspirado estos días los discursos de los profesores que han abierto las Universidades españolas. Ninguno se forja ilusiones: todos sienten á su alrededor el vacío.

La desconfianza y el recelo, el pesimismo profundo que de nosotros se ha apoderado; esta especie de desgana intelectual que se presenta aquí como el más peligroso de los fenómenos, en el orden moral, porque supone la relajación completa de la fibra, tienen síntomas tan expresivos como el deseo de suprimir Universidades, de acortar hasta la mísera ración de ciencia que se reparte á los españoles oficialmente. El tedio de la Universidad, el tedio del ejército, el tedio de la marina, el tedio de la política, formas similares del marasmo que se ha apoderado de nosotros y que nos conduce hasta las lindes del ansia suicida, vaga, pero honda. España no sólo merece, sino que anhela morir para acabar de una vez.

Y dice un profesor eminente, que estudia el caso:

«¿Para lo que hacen las Universidades! ¿Qué es una Universidad española? O mejor, ¿qué es lo que una Universidad española hace ostensiblemente? ¿En qué obra de empeño verdaderamente científico y social ve el *vulgo* comprometidas á nuestras Universidades? Una Universidad española es una *oficina*, un centro burocrático, un edificio más ó menos lóbrego ó suntuoso, al cual acuden con cierta regularidad unos cuantos señores, ¡canónigos del siglo! Cada uno de los cuales suele despachar cumplidamente su tarea con una hora escasa de trabajo, y una juventud bulliciosa, alegre, que pide vacaciones apenas iniciado el curso. Una Universidad es algo más que eso: es el tormento de los padres de familia en la época de los exámenes; es, por fin, un verdadero semillero de candidatos al presupuesto. De ella salen los médicos sin enfermos, los abogados sin pleitos; en suma, la mayoría del conjunto de intrigantes que forman el núcleo de los políticos deplorables, que esquilman al país desde el Juzgado municipal ó la secretaría del Ayuntamiento, hasta el Ministerio ó el Tribunal supremo de justicia.»

No suelo ser aficionada á largas citas, pero la anterior contiene un retrato tan de mano maestra, que no he podido menos de trasladarlo. Eso, es en efecto, la Universidad, y eso he comprendido que era desde mis quince años, que ya están lejos, sin que á pesar del tiempo transcurrido pudiese observar tendencias hacia la vitalidad, hacia la organización eficaz y fecunda. Al contrario: en otras épocas bien puede asegurarse que escaseaba menos que ahora la juventud entusiasta de algo, llena de algún ideal. Desde el período romántico hasta el que yo alcancé, esa juventud había ido decayendo, pero conservaba aún cierto fuego sagrado, cierto rescoldo de generosas aspiraciones. Hoy la juventud escolar es de corcho. Sólo piensa en divertirse... á su modo, vacío y frío también, y en obtener vacaciones para verse libre hasta de las dos ó tres horas de remar en la galera universitaria. Los grandes movimientos que llevan á nuestro siglo, ya expirante, hacia luminoso fin, envuelto en apoteosis de gloria, sólo obtienen, de nuestra triste juventud, la indiferencia que ignora ó la *claque* que caricaturiza. En dos ocasiones solemnes pude convencerme del estado de alma de esa juventud, fruto de las Universidades españolas: la última y la más dolorosa fué la del entierro de Emilio Castelar, cuyo féretro deberían haber seguido, ya que no entusiasmados y vibrantes como los escolares rusos portadores del de Dostoyevski, al menos respetuosos y graves. — ¡Al cabo, tratábase de un muerto! — Una de las más bellas energías juveniles es, creedlo, la veneración á los ilustres. ¡Ay de la juventud que no siente ese misterioso respeto, esa emoción que dignifica, esa devoción activa y fuerte, necesaria para los individuos y robustecedora del principio de nacionalidad! Otra fibra relajada, otra virtud que se ha ido de nosotros. Y adviértase que según decrece el culto de los héroes y de los grandes hombres en España, el nivel desciende, la talla se reduce y la generación nueva se compondrá de pares... iguales entre sí como los soldaditos de plomo.

Mas cuando el profesor citado antes nos pregunta si otros organismos pueden citarse como modelo al lado de la Universidad, me apresuro á decir que ninguno. Si cuantas veces hemos censurado á determinadas clases nos respondiesen con este argumento, nos tapanían la boca. El mal es general y los generales tan malos como los profesores, viene á decir el Sr. Posada, en el trabajo que estas reflexiones me sugiere. Mil veces verdad. La sátira se embota y el látigo se cae de las manos. Fustigar á algunos, bien; á muchos, pase todavía; á un pueblo entero... tarea casi imposible. He aquí el problema de España. No basta amputar el brazo; habría que amputar el cuerpo.

Yo creo que el español que tenemos más cerca para regenerarla, es nuestro propio individuo. Si cada cual se educase á sí mismo, ¡qué España tan robusta veríamos surgir! El caso es que ser capaz de educarse, de corregirse, es ya casi ser perfecto. El autodidacto es siempre un individuo que rebosa energía y se siente capaz de mucho. Se hace su mundo aparte; como Robinson. Quizás España se salvaría poblándose de Robinsones, que cada cual por su lado y á su manera se trazasen la vida. Barriendo la anticuada decoración de la España de estos últimos treinta años, los Robinsones que deseo la salpicarían de islas, creando en ellas juveniles sociedades — algo fresco y vivo. — ¿Donde está el Robinson?

Leo en un diario que Ramón Cajal vá á montar en el Instituto de Alfonso XIII un departamento para el tratamiento de la rabia. Paréceme bien, pero creo que todavía no es segura la eficacia del método nuevo, derivado de los experimentos de Pasteur. He oído á facultativos dignos de respeto emitir dudas

acerca de ese particular; no parece enteramente seguro que la inoculación del suero antirrábico preserve de la hidrofobia ó la cure; muchos prefieren atenerse al clásico cauterio. Siempre es bueno, de todos modos, que se trabaje en ese sentido y que se trate de estar á la misma altura que otras naciones donde los laboratorios de vacuna contra las infecciones van obteniendo resultados aún no muy conocidos, pero sorprendentes. La rabia resiste al tratamiento. Se ha conseguido más contra el veneno de las serpientes, contra la peste bubónica y contra el tifus. Y quién sabe lo que se podrá todavía lograr prosiguiendo en tales estudios. A veces yendo en determinada dirección se avanza en otra, en la que menos se sospechaba. Ya es verosímil que el hombre llegue á desterrar y á dominar contagios de los muy horrendos. Europa, que se libró del hambre, se librará de la peste. ¿Cuando le toca la vez á la guerra? No hay que desconfiar: estamos en camino.

Una huelga de actualidad es la de estereros y alfombristas. Por este tiempo, todo el mundo, en Madrid, piensa en cubrir con géneros que abriguen los pies los desnudos baldosines del pavimento. Si supiesen qué malsanas son las alfombras, acaso no se diesen tanta prisa. Los gérmenes sépticos se abriga y calientan en el para ellos alto y denso bosque de la lana de las alfombras, ó en los valles hondos de las esteras. La salubridad requeriría que sólo se usase el piso de madera, y se suprimiesen los desagradables, glaciales, sucios y pesados baldosines. La gente y los edificios vivirían más y mejor.

Los estereros y alfombristas alegan que les hacen trabajar veinte horas diarias. Si es cierto, razón les sobra para declararse en huelga y hasta buscar otro oficio. ¡Veinte horas! Habrá exageración. ¿Cuándo comen y duermen esos obreros? ¿De qué modo distribuyen el día?

Una de las cosas desagradables del oficio de alfombrista debe de ser el temor y disgusto con que se les recibe en los hogares, aun después de haber reclamado sus servicios. Vienen siempre á molestar, á revolverlo todo, á poner la casa patas arriba, á estropear muebles, á obligar á los servidores á labor extraordinaria. Todo lo que ocurre de malo en la quincena, se achaca á los estereros. El amo se pasea con aire aburrido, esperando que se vayan los invasores, ó coge el sombrero y se larga de mal humor, abandonando el campo al enemigo. Las señoras se desconsuelan: no se puede hacer nada en día de estero. ¡Ni aun vivir! El comedor es un Sahara polvoriento; la sala, una prendería. Y esto recae sobre los obreros, á quienes se les da la propina de mala gana. Es un oficio ingrato.

¿Cuándo se realizan los anuncios de reforma en el servicio de ferrocarriles, los bienes que esperamos del joven ministro Sr. Gasset?

¿Cuándo tendrán los coches de primera timbres de alarma?

¿Cuándo se arregla y limpia y desinfecta el material, cuya suciedad (en los primeros) subleva el estómago?

¿Cuándo se pone coto á la facultad que parecen tener las empresas de retrasar á su gusto las horas de llegada y salida?

¿Cuándo... etc., etc., porque los etcéteras serían innumerables, y yo he tocado varias veces este punto sin obtener fruto alguno de mis incansables clamores.

Lo del retraso iba ya picando en historia; y tanto picaba en historia, que dió lugar á motines. En la estación de San Sebastián se alborotaron los viajeros. Retrasos con motivo ó siquiera con pretexto, acostumbrados estamos á perdonarlos; pero ahora ya ni ese trabajo se toman las compañías; se retrasan porque les da la gana, y cambian los itinerarios á su gusto. El español, paciente y resignado, y hasta bromista, y con tiempo sobrante, se conforma. Más pronto que en galera ya se llega, y ¡las galeras las tenemos tan cerca aún! De modo que... calma y buen tiempo, y vengam retrasos, que eso es peccata minuta. Júzguese de las proporciones que el retraso habrá adquirido, para ocasionar un motín de pacíficos viajeros.

¿Y por qué no se cobran multas? ¿Por qué esas empresas, que tienen una legislación penal propia y severísima contra el viajero, están exentas de responsabilidades cuando faltan á su deber?

Por qué, por qué, por qué, por qué me retiré... No hay vicio más funesto y tonto que este de indagar los porqués de las cosas. ¡Curiosidad sacrílega! No rasguemos el velo del santuario. Por algo será, pero nosotros no debemos inquirirlo. Sería destruir la poesía y el misterio en que se envuelven los viajes por tierra española.

EMILIA PARDO BAZÁN.